



Caballeros de la Virgen

HERALDOS DEL EVANGELIO



Almas del Purgatorio



Heraldos del Evangelio - Caballeros de la Virgen

Asociación de Fieles de Derecho Pontificio

Urb. Campo Alegre Calle Golondrinas E18-98 y Huirachuro

Quito - Ecuador.

(02) 2258840 - (02) 2442585 Celular: 098 517 4781 (WhatsApp)

Página web: <https://caballerosdelavirgenecuador.com/>

Síguenos en nuestras redes sociales:

YouTube: <https://www.youtube.com/caballerosdelavirgenec>

Facebook: <https://www.facebook.com/caballerosdelavirgenecuador>

Instagram: https://www.instagram.com/heraldos_ecuador/

TikTok: https://www.tiktok.com/@caballerosdelavirgen_ec

Twitter: https://www.twitter.com/Cab_Ecuador

A decorative border in a light brown or tan color, featuring a repeating floral or scroll-like pattern, frames the entire page.

Almas del Purgatorio



Introducción

Los santos y el purgatorio

“Una lágrima por un difunto se evapora. Una flor sobre su tumba se marchita. Una oración por su alma, la recoge Dios”. San Agustín.

“He recibido muchos y grandes favores de los santos, pero mucho más grandes de las almas del purgatorio que, cuando finalmente son liberadas de sus penas y disfrutan de la beatitud del Cielo, lejos de olvidar a sus amigos de

la Tierra, su gratitud no conoce límites. Postradas frente al Trono de Dios, no cesan de orar por aquellos que las ayudaron. Por sus oraciones ellas protegen a sus amigos de los peligros y los protegen de los demonios que los asechan y no cesan de orar hasta ver a sus benefactores seguros en el Cielo, y serán por siempre sus más queridos, sinceros y mejores amigos. **Si los católicos supieran cuán poderosos protectores se aseguran con sólo ayudar a las almas benditas, no serían tan remisos de orar por ellas".** Santa Catalina de Bolonia.



“Si voy al purgatorio, haré como los tres jóvenes en el horno (Daniel 3, 23): me pa-

*searé por entre las llamas cantando el cántico del amor. ¡Qué feliz me sentiría si, yendo al purgatorio, pudiese librar a otras almas y sufrir en su lugar, pues entonces haría el bien, libertaría a los cautivos!”. **Santa Teresita del Niño Jesús.***

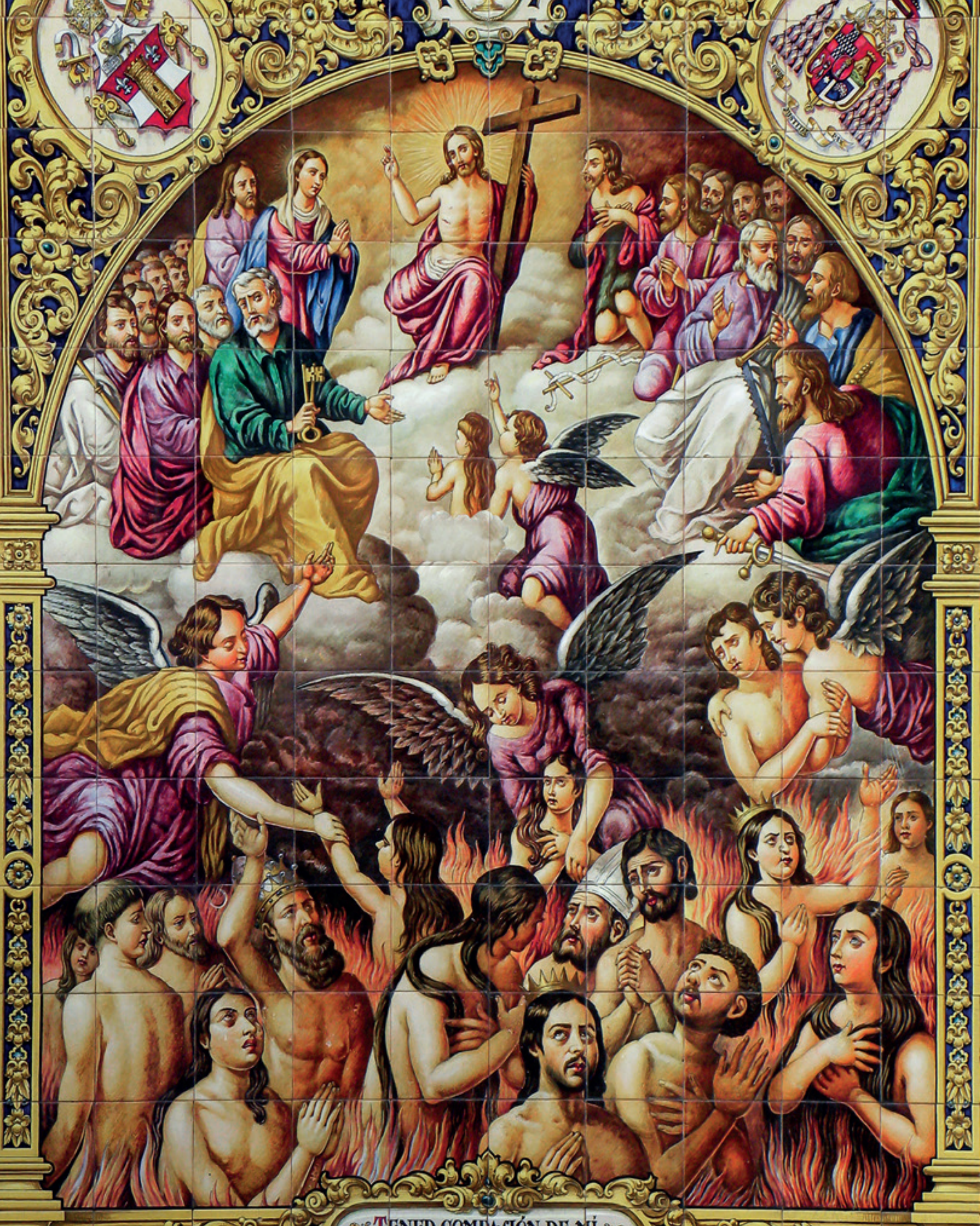
*“Siendo las almas benditas del purgatorio tan amigas de Dios y estando, como están, confirmadas en gracia, parece que no hay razón o impedimento que les estorbe rezar por nosotros”. **San Alfonso María de Liguorio.***

*“A medida que el rocío refresca y levanta las plantas y flores marchitas, la Sangre de Cristo revive, reconforta y trae nuevas esperanzas a las almas en el purgatorio”. **Santo Tomás de Aquino.***



¿Por qué tanta devoción de los santos a las benditas almas del purgatorio?

Porque ellos comprendían perfectamente que por la Comunión de los Santos, las almas del purgatorio se hallan más cerca de Dios que nosotros, pues están siendo purificadas por sus pecados y su amor a Dios se va haciendo cada vez más intenso y aparte del auxilio que nos proporcionan cuando rezan por nosotros, nuestras oraciones por las benditas almas siempre nos santifican, aumentando nuestra unión con Dios y nuestra confianza en Él.



TENED COMPLECIÓN DE NI



Capítulo I



¿Qué es y por qué existe el purgatorio?

El purgatorio es el estado de purificación que experimentan las almas salvadas pero imperfectas tras la muerte para, una vez purificadas, poder experimentar y gozar de la presencia de Dios “cara a cara”. El Catecismo de la Iglesia Católica lo explica así:

“Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su salvación eterna, sufren una purificación después de su muerte a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo. La Iglesia llama ‘purgatorio’ a esta purificación final de los elegidos, que es completamente distinta del castigo de los condenados”.

La Doctrina Católica establece tres ideas sobre el purgatorio:

1- Que hay una purificación después de la muerte.

2- Que esa purificación implica algún tipo de sufrimiento.

3- Que Dios asiste a quienes pasan por ese trance en respuesta a las acciones y las oraciones de los que están vivos.

Cuando se habla del purgatorio, no es raro presentarlo como un inexorable y poco menos que despiadado acto de la divina justicia. ¿Acaso Dios es tan riguroso que no tolera ni la más mínima imperfección, limpiándola con terribles penas? Es una pregunta que puede hacerse con facilidad.

Ciertamente en el purgatorio se sufre, pero las penas del purgatorio aunque sean severas, son una amorosa purificación para transformar el alma, capacitándola para la perfecta felicidad del Paraíso. Es una verdadera lucha de amor: Dios que ama al alma y por eso la puri-



fica, la perfecciona, la santifica con su amor y es por amor a esa alma que la desea perfecta y santa.

El alma que ama a Dios tiende hacia Él, y por eso mismo está contenta de purificarse, aún sufriendo amargamente, porque pondera no sólo la gravedad de sus propias faltas que le impiden el pleno goce de la unión con Dios, sino que ansía asemejarse y unirse a Él.

Es, por lo tanto, una verdadera lucha de amor entre Dios y el alma, y es necesario eliminar de la concepción del purgatorio, todas aquellas falsas ideas, que lo hacen concebir como una venganza de la divina justicia en la cual el alma gime sin consuelo.

¿Quién podría gozar de un bellísimo panorama con el ojo enfermo, o con una pelusa que lo nubla y lo molesta?, en este caso ¿sería cruel-

dad poner en el ojo el quemante colirio, o dar vuelta el párpado para sacar la pelusa? ¿Quién podría sentarse con alegría en un banquete con el estómago revuelto por la acidez? ¿Y quién juzgaría crueldad darle la medicina amarga que le permita disfrutar de la comida?

Dios es amor, es infinita caridad, y si nosotros peregrinos en este valle de lágrimas, no lo consideramos bajo la luz de su infinito amor, no lo amamos verdaderamente. Si el temor de Dios —que es un don del Espíritu Santo— no es inspirado por el amor, no genera en el alma la confianza, sino sólo el temor.

Debemos considerar el purgatorio como el último acto de misericordia de Dios que por la necesaria purificación conduce al alma a la gloria y felicidad del Paraíso.





Capítulo II



Tras la muerte, una deuda pendiente

La tragedia de la muerte

Todos nos vemos obligados a enfrentar dificultades y dolores en esta vida, porque nadie está exento de ellas. El sufrimiento soportado con resignación cristiana tiene un papel purificador, correctivo, que hace de él como que un octavo sacramento. Entre los muchos sufrimientos, hay uno que, aunque sea mera posibilidad en cuanto a la fecha, es una certeza absoluta para todos: la muerte. En efecto, estamos en la Tierra tan sólo de paso y nuestra meta final es el Cielo. Aunque, por ser esta una verdad tan dura, nos cuesta mantenerla ante los ojos, ya que nos gustaría traspasar el umbral de la eternidad sin tener que soportar el trágico trance en que el alma se separa del cuerpo.

¿Puede todo esto ser verdad?

La existencia del purgatorio es tan cierta que ningún católico ha tenido dudas acerca de ello. Fue enseñado desde los tiempos más remotos por la Iglesia y fue aceptado con indubitable fe cuando la Palabra de Dios fue predicada. La doctrina es revelada en la Sagrada Escritura y creída por millones y millones de creyentes de todos los tiempos.



En primer lugar debemos considerar que después de nuestra muerte no seremos juzgados según nuestro criterio personal, pues *“la mirada de Dios no es como la mirada del hombre, porque el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón”* (1 Sam. 16, 7).



Estaremos ante la presencia de un Juez sumamente santo y perfecto, y en su Reino “*nada impuro puede entrar*” (Ap 21, 27). En efecto, ante la presencia de Dios, de su luz purísima, el alma percibe en sí cualquier pequeño defecto, juzgándose ella misma indigna de tal majestad y grandeza.

¿Qué son estas manchas que deben purificarse en la otra vida? Son resquicios de apego exagerado a las criaturas, es decir, las imperfecciones y los pecados veniales, así como la deuda temporal de los pecados mortales ya perdonados en el sacramento de la Reconciliación.

Las imperfecciones y los pecados veniales disminuyen el amor a Dios en el alma

Sería difícil calcular el inmenso número de pecados veniales que cometemos. Hay un gran número de faltas de amor, de egoísmos, pensamientos, palabras, actos de sensualidad, también en cientos de variantes; faltas de caridad, de pensamiento, palabra, obra, y omisión. Pereza, vanidad, celos, tibieza y otras innumerables faltas. Hay pecados por omisión que no pagamos. Amamos tan poco a Dios, y Él clama cientos de veces por nuestro amor. Lo tratamos fríamente, indiferentemente y hasta con ingratitud.

A causa de los afectos y apegos desordenados se establece un estado de desorden en nuestro interior, alejándonos del mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios.

Esta es la causa por la cual, antes de acceder a la Gloria Celestial *“la justicia de Dios exige una pena proporcional que restablezca el orden perturbado”*. Las almas se sujetan a este castigo incluso con alegría, en plena conformidad con la voluntad del Señor, pues su único y ardiente deseo es verse limpias y poder configurarse con Cristo.

San Francisco de Sales nos dice que las almas en este estado *“se purifican voluntariamente, amorosamente, porque Dios así lo quiere”* y *“porque están seguras de su salvación, con esperanza inigualable”*.



La triple dimensión del pecado

Dios todopoderoso no puede crear nada que no sea para su gloria. Él nos dio el ser a fin de que practicásemos la virtud para alabarlo, reverenciarlo y servirlo por encima de todo, y no es otra nuestra obligación, una vez que nuestros padres no crearon nuestra alma inmortal, sino Dios, de quien en realidad hemos nacido para la eternidad.

Ahora bien, cuando pecamos, hacemos mal uso de las criaturas, dándole la espalda a Dios y ofendiéndole. Pero el Salvador, en su infinita bondad, nos dejó el sacramento del Bautismo para borrar la culpa original y la de todos los pecados cometidos hasta el momento de recibirlo, si ya teníamos uso de razón; así como el de la Confesión para absolver las faltas en las que incurrimos después del Bautismo. Y al ser perdonados por el mismo Jesús, a través de los



labios del sacerdote, evitamos la condenación al infierno. Sin embargo, además de la injuria hecha a Dios, el pecado atenta también contra otros dos órdenes, el de la conciencia y el del universo.



El juicio de la conciencia

Todos tenemos la Ley de Dios grabada en la mente y en el corazón, como criterio para discernir lo insensato que resulta abrazar la vía del pecado. La conciencia nos acusa cuando procedemos mal y nos muestra el verdadero camino. Por tal motivo, si alguien, de hecho, comete un pecado, no hay lugar para la duda; antes bien, está seguro de su caída porque actuó contra su propia conciencia.

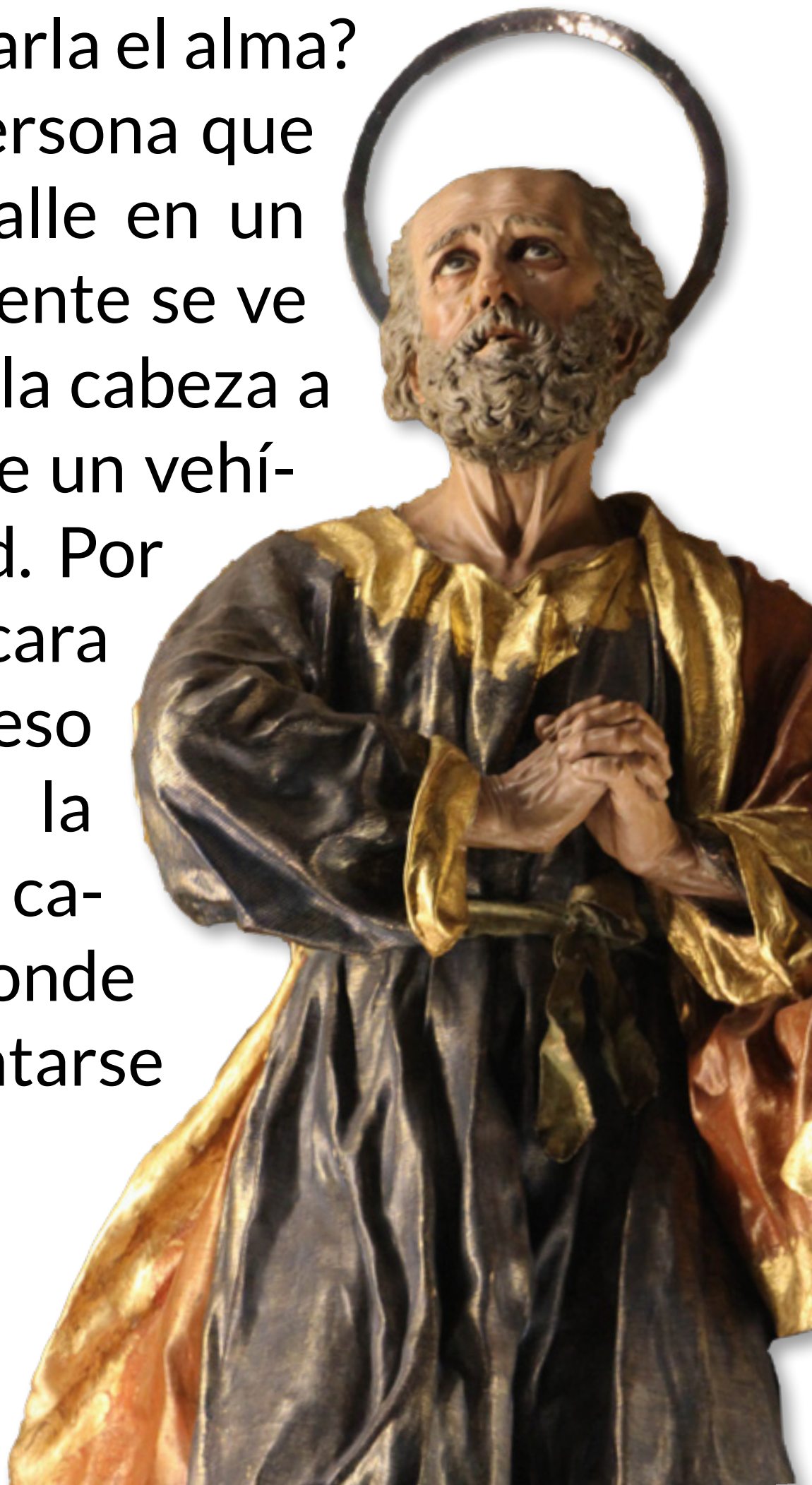
El pecado vulnera el orden perfecto de la Creación

“Todo pecado lleva consigo la perturbación del orden universal, que Dios ha dispuesto con inflexible sabiduría e infinita caridad, y la destrucción de ingentes bienes tanto en relación con el pecador como de toda la comunidad humana”

(PABLO VI. Indulgentiarum doctrina, n.º 2.).

Después de la Confesión, una deuda pendiente

Entonces, ¿en qué consiste esa deuda y cómo puede pagarla el alma? Imaginemos a una persona que va andando por la calle en un día de lluvia y de repente se ve cubierto de barro de la cabeza a los pies por el paso de un vehículo a toda velocidad. Por mucho que se lave la cara sabe que además de eso necesita limpiarse la ropa, sobre todo si va camino a una boda, donde jamás podría presentarse manchada de barro.



De la misma forma, en el momento en que el alma se separa del cuerpo y comparece ante su juicio particular, recibe un don especial que le ilumina la memoria y la conciencia y le recuerda todos los detalles de su vida moral y espiritual. Se da cuenta, pues, cómo en la Confesión se le perdonaron las faltas contra Dios, así como la pena eterna, consecuencia de éstas: su rostro está limpio.

Pero su conciencia grita, porque se siente sucia y necesitada de “cambiarse de ropa”, es decir, de pagar la pena temporal.

Además, el pecado deja en el alma lo que se llama la “reliquia del pecado”. Es decir, hábitos, formas de ser y de proceder poco conformes al modo de ser y proceder de Jesús, que es nuestro modelo.

Igualmente puede que hayan quedado en el alma ideas, caprichos o manías que nos apartan del equilibrio perfecto de la santidad y le imposibilitan estar ante Dios, sumo bien y suma bondad y poder contemplarlo cara a cara, y que le impedirían entenderlo, amarlo, relacionarse con Él y gozar de su presencia.



La admirable lógica del purgatorio

No debemos extrañarnos de los tormentos que el alma sufre en el purgatorio.

Nosotros consideramos nuestras culpas con nuestro criterio y nos parecen cosas insignificantes, y con ese mismo criterio equivocado consideramos nuestras obras buenas como si fueran heroicas, y no vemos sus miserias, y por lo tanto, de cuánta purificación tienen necesidad para llegar a ser joyas de la corona inmortal.

Una comparación nos ayudará a entenderlo: fue lanzado hacia la luna un cohete, pero el lanzamiento no resultó, porque la trayectoria del lanzamiento para poner el cohete en órbita, se había desviado un milésimo de milímetro. Este milésimo, en esta tierra, era una cosa sin importancia, sin embargo, este milésimo de milíme-



tro en el lanzamiento, se convirtió en cientos de kilómetros por la desviación inicial. El ángulo es un punto casi invisible, pero los lados se abren hacia el infinito.

Cada pecado venial, a nosotros nos parece poca cosa, tanto es así que lo cometemos con gran facilidad e inconsciencia. Pero, cada acción nuestra no se limita a la tierra, ni es calculada según criterios terrenales, tiende hacia Dios, porque es el precio de la conquista de la eterna felicidad.

Dios es el primer principio y el último fin, y si el alma no tiende a Él, está desviada de su trayectoria y debe rectificarla y esa rectificación nos causa un sufrimiento; las penas del purgatorio le dan una gran ansiedad de ir a Dios, como su único amor y única vida. Esta santa ansiedad es amor, como para el condenado es odio y espantosa desesperación.

Gran paradoja: crece el amor y crece el deseo

La mayor pena del purgatorio es la llamada pena de daño, que es la pena que el alma siente de no estar con el Dios a quien ama.

A medida que el alma va siendo purificada por la bondad divina, siente dolor al ser despojada de lo malo que estaba enraizada en ella, pero al mismo tiempo el alma sintiéndose cada vez más identificada con Dios, lo ama más y lo desea más.

Quién está en las olas tormentosas mira naturalmente hacia la orilla; quién está sediento tiende al refrigerio del agua; quién se siente hambriento tiende con ímpetu al alimento. Nuestra mezquindad debe acercarse al infinito amor y debe volverse amor.

El reformatorio para nuestro egoísmo

Así pues, el Todopoderoso que desea que vayamos sin mancha alguna, puros y perfectos a convivir con Él, creó el purgatorio a manera de un reformatorio para nuestro egoísmo, donde somos reeducados en la verdadera visión de todas las cosas y en el amor a la virtud. Concluido ese período, nuestra alma está santificada y por eso se puede afirmar que todos los que están en el Cielo son santos.

La esperanza da ánimo a esas benditas almas

Las almas del purgatorio sufren terriblemente, pero con una gran ventaja sobre nosotros: la esperanza segura del Cielo. Ésa es una virtud que causa alegría y consolación, porque nos promete una posesión futura. Nuestra esperanza durante esta vida es dudosa e incier-



ta, pues al estar aquí de paso podemos vacilar en cualquier momento y cometer una falta grave, arriesgándonos a perder la vida eterna si la muerte nos sorprende de repente. En el purgatorio, por el contrario, esa esperanza ya es absoluta, porque lleva consigo la certeza de haber alcanzado el término final, o sea, haber conquistado la salvación.

Las almas del purgatorio desean su purificación

A pesar de tales penas, las almas que se encuentran en el purgatorio no están encadenadas allí y deseando escapar. Al contrario, aceptan todos los sufrimientos. Y si supiesen que existen otros mil purgatorios, querrían lanzarse en ellos, porque en realidad lo que les resulta más intolerable es verse cubiertas de manchas que las apartan de Dios. Anhelan ser enteramente puras y virginales para entrar en el Cielo. Esta actitud se asemeja a la de un armiño —un animal muy blanco, símbolo de la castidad y de la inocencia— que prefiere morir a ver sucio su blanco pelaje.





Capítulo III



La Iglesia en la Tierra reza por la Iglesia que sufre

El valor de nuestras oraciones es superior a cualquier ofrenda material

Entre todos los miembros de la Iglesia hay un vínculo que nos hermana y nos une en lo que San Pablo llama “*el cuerpo místico de Cristo*” (Rom. 12,4-8). Esto es lo que hace, por ejemplo, que podamos interceder los unos por los otros, como tantas veces nos anima el Evangelio a hacer, orar por los demás. Este vínculo no se rompe tras la muerte, de modo que todos los creyentes que estén vivos en la Tierra, en el Cielo o en el purgatorio, formamos parte del cuerpo místico de Cristo, incluyendo al mismísimo Cristo como su cabeza, y pueden interceder los unos por los otros.



Tenemos una sensibilidad errónea, por la cual nos impresionamos fácilmente cuando junto al lecho de un moribundo asistimos a su agonía, seguida del terrible drama de la muerte, por creer que es el final de la carrera de esa persona. Pero en realidad —nos lo dice la fe— todo comienza allí. Lejos de considerar desvinculados de nosotros a los que se han ido, debemos compenetrarnos de que estando en el Cielo o en el purgatorio el vínculo con ellos es mucho más estrecho de lo que nos imaginamos.



Nuestras plegarias, aplicadas en su sufragio, abrevian la duración de sus penas

Es cierto que nos complace-
mos depositando coronas de
flores o velas sobre las tum-
bas, costumbre muy buena y
legítima. Sin embargo, nues-
tra mayor manifestación de
cariño por las almas debe
consistir en pedir por ellas,
porque el efecto de nuestra
oración supera con creces al
de cualquier ofrenda mate-
rial, según la famosa senten-
cia atribuida a San Agustín:
***“Una lágrima por un difunto se
evapora. Una flor sobre su tum-
ba se marchita. Una oración
por su alma, la recoge Dios”.***



Estamos moralmente obligados a rogar por las benditas almas

Siempre estamos obligados a amar y ayudar al otro, pero cuanto mayor es la necesidad de nuestro prójimo, mayor y más estricta es nuestra obligación. No es un favor que podemos o no hacer, es nuestro deber; debemos ayudarnos unos a otros.

Sería un monstruoso crimen, por ejemplo, rehusar al desposeído el alimento necesario para mantenerse vivo. Sería espantoso rehusar la ayuda a alguien en una gran necesidad, pasar de largo y no extender la mano para salvar a un hombre que se está hundiendo. No solamente debemos ayudar cuando es fácil y conveniente, sino que debemos hacer cualquier sacrificio para socorrer a nuestro hermano en dificultades.

Ahora bien, ¿quién puede estar más urgido de caridad que las almas del purgatorio? ¿Qué hambre o sed o sufrimiento en esta Tierra puede compararse con sus más terribles sufrimientos? Ni el pobre, ni el enfermo, ni el sufriente que vemos a nuestro alrededor necesitan de tan urgente socorro. Aún encontramos gente de buen corazón que se interesa en los sufrientes de esta vida, pero, ¡escasamente encontramos a gente que trabaja por las almas del purgatorio!

Y ¿quién puede necesitarnos más? Entre ellos, además, pueden estar nuestras madres, nuestros padres, amigos y seres queridos.



Un “negocio” con las almas del purgatorio

Esta piadosa práctica nos permite hacer amistad con aquellos que a causa de nuestras oraciones salen del purgatorio y son admitidos en el Cielo, donde adquieren un poder de audiencia colosal ante Dios. Sin duda, su gratitud nos beneficiará. Si en esta tierra somos agradecidos con nuestros bienhechores, cuánto más las almas que entran en la gloria sabrán interceder a favor de quien rezó por ellas.

Debemos pedir por todos los que se encuentran en el purgatorio, sobre todo los más vinculados a nosotros. Este acto de caridad nos proporcionará buenos amigos, que nos retribuirán en calidad y cantidad el favor recibido y, por consiguiente, nos serán de gran ayuda en la hora de la dificultad.



El Príncipe Polaco

Hubo un príncipe polaco, que por una razón política, fue exiliado de su país natal, y llegado a Francia, compró un hermoso castillo allí.

Desafortunadamente, perdió la fe de su infancia y estaba, a la sazón, ocupado en escribir un libro contra Dios y la existencia de la vida eterna. Dando un paseo una noche en su jardín, se encontró con una mujer que lloraba amargamente. Le preguntó el porqué de su desconsuelo.

“¡Oh, príncipe —replicó ella—, soy la esposa de Jean Marie, su mayordomo, el cual falleció hace dos días. El fue un buen marido y un devoto sirviente de Su Alteza. Su enfermedad fue larga y gasté todos los ahorros en médicos, y ahora no tengo dinero para ir a ofrecer Misas por su alma”.

El príncipe, tocado por el desconsuelo de esta mujer, le dijo algunas palabras, y aunque ya no creía en la vida eterna, le dio algunas monedas de oro para ofrecer unas Misas por su difunto esposo.

Un tiempo después, también de noche, el Príncipe estaba en su estudio trabajando febrilmente en su libro. Escuchó un ruidoso tocar a la puerta, y sin levantar la vista de sus escritos, invitó a quien tocaba a entrar. La puerta se abrió y un hombre entró y se paró frente a su escritorio.

Al levantar la vista, cuál no sería la sorpresa del Príncipe al ver a Jean Marie, su mayordomo muerto, que lo miraba con una dulce sonrisa quien le dijo:

“Vengo a agradecerle por las Misas que, con su ayuda, mi esposa pudo encargarse por mi alma. Gracias a la Salvadora Sangre de Cristo, ofrecida por mí, voy

ahora al Cielo, pero Dios me ha permitido venir aquí y agradecerle por su generosa limosna”. Luego, agregó solemnemente “Príncipe, hay un Dios, una vida futura, un Cielo y un Infierno”. Dicho esto, desapareció. El Príncipe cayó de rodillas y recitó un ferviente Credo.



Las almas del purgatorio rezan por los seres queridos de la tierra

El arrepentimiento que el alma tiene por sus culpas la empuja a rezar por sus seres queridos de la tierra. Dios puede hacerle conocer las necesidades de los suyos por quienes pedirá a Dios o a su Madre Santísima.

Dios desea que las ayudemos

Las almas del purgatorio son los amigos más queridos de Dios, el cual desea ayudarlos; desea tenerlas cerca de Él en el Cielo. Ellas nunca más lo ofenderán, y están destinadas a estar con Él por toda la eternidad. Es verdad, la Justicia de Dios demanda expiación por los pecados, pero por un asombroso designio de su Providencia, pone en nuestras manos la posibilidad de asistirles, nos da el poder de aliviarlas y aún de liberarlas. Nada le es más grato a Dios como el que les ayudemos. El está tan agradecido como si le ayudáramos a Él.





Capítulo IV



La Santísima Virgen y las almas del purgatorio

María Santísima desea que las ayudemos

María es “Madre de la Iglesia”. Si Ella ha engendrado a la Cabeza, Cristo, es también Madre espiritual de todos los miembros de ese cuerpo. Más aún, es el miembro más unido a Cristo (cf. Lc 1, 35). Por eso, María intercede con más eficacia que nadie ante Cristo por toda la Iglesia (cf. Jn 2, 1-10; Hch 1, 14). Su mediación siempre es “en Cristo”, y no está limitada sólo a este mundo, sino que como Madre de la Iglesia actúa en todo el cuerpo de la Iglesia: los santos, las almas del purgatorio y los vivos.

María Santísima es verdaderamente reina y soberana por la mediación materna que ejerce en el purgatorio, aliviando y liberando a las al-

mas que se encuentran detenidas, siendo para ellas la puerta de Cielo, la puerta de la vida eterna, la puerta celestial a través de la cual pasamos del exilio al Cielo; la puerta siempre abierta del paraíso.

Testimonio de Santa Brígida

María es “Madre de la Iglesia”. Si Ella ha engendrado a la Cabeza, Cristo, es también Madre espiritual de todos los miembros de ese cuerpo. Más aún, es el miembro más unido a Cristo (cf. Lc 1, 35). Por eso, María intercede con más eficacia que nadie ante Cristo por toda la Iglesia (cf. Jn 2, 1-10; Hch 1, 14). Su mediación siempre es “en Cristo”, y no está limitada sólo a este mundo, sino que como Madre de la Iglesia actúa en todo el cuerpo de la Iglesia: los santos, las almas del purgatorio y los vivos.



Mi misericordia no lo desea, pero lo exige mi justicia

También a Santa Faustina Kowalska, Dios le permitió ver el purgatorio y la intercesión de la Santísima Virgen. Una noche, cuenta la santa, su Ángel de la Guarda le pidió que lo siguiera, y de repente se vio en un lugar lleno de fuego y de almas sufrientes. *“Ellas estaban orando fervientemente, pero sin eficacia para ellas mismas, solamente nosotras podemos ayudarlas”*, escribe Santa Faustina.

Ella preguntó a las almas lo que más las hacía sufrir y le contestaron unánimemente que su *“mayor sufrimiento es la añoranza de Dios”*. Luego, vio a la Madre de Dios que visitaba a las almas del purgatorio. *“Las almas llaman a María “La Estrella del Mar”. Ella les trae alivio”*. Finalmente, su Ángel Guardián le pidió que regresaran. Al salir de aquella prisión de sufri-

miento, escuchó la voz del Señor que le dijo:
*“mi misericordia no quiere esto, pero lo exige mi
justicia”.*



El Escapulario del Carmen, señal de amor de la Madre de Dios

En una aparición al Papa Juan XXII, refiriéndose a los que llevasen el Escapulario del Carmen durante su vida, la Santísima Virgen dice lo siguiente: *“Yo, como tierna Madre de los carmelitas, bajaré al purgatorio el primer sábado después de su muerte y los libraré y conduciré al Monte Santo de la vida eterna”*. He aquí, pues, una de las vestimentas más eficaces, aparte de ser un magnífico símbolo de alianza, protección y salvación.

Jamás ninguna madre amó tanto un hijo difunto y nunca nadie consuela como María busca consolar a sufrientes hijos en el purgatorio, y tenerlos con Ella en el Cielo. Cada vez que ofrecemos nuestras oraciones y sacrificios por las benditas almas del purgatorio, estaremos dando a María una gran alegría.





Capítulo V



Oraciones por las benditas almas del purgatorio

“Las oraciones por los propios allegados son un impulso demasiado espontáneo para que pueda ser sofocado; es un testimonio bellísimo de solidaridad, de amor, de ayuda que va más allá de las barreras de la muerte. De mi recuerdo o de mi olvido depende un poco la felicidad o la infelicidad de aquel que me fue querido y que ha pasado ahora a la otra orilla, pero que no deja de tener necesidad de mi amor”. Benedicto XVI.

Después de la Santa Misa, el Santo Rosario es el medio más eficaz para ayudarlas. Por medio del Santo Rosario son diariamente liberadas muchas almas, que de lo contrario habrían seguido sufriendo por muchos años más. Por este medio las encomendamos a la poderosa



intercesión de la Madre de Dios, quien con el mayor de los gustos las socorre, Ella que es la más grande consoladora.

Otro medio igualmente poderoso para aliviar las almas del purgatorio es por medio del sufrimiento reparador. Cualquier sufrimiento que se ofrezca por ellas les proporciona un gran alivio. La Beata Ana Catalina Emmerick dice: *“Es imposible describir qué enorme consuelo les llevamos a las pobres almas con nuestro autodomínio y nuestros pequeños sacrificios”*. Se sabe del Santo Cura de Ars que él pidió a Dios de poder sufrir por las noches en favor de las almas del purgatorio.

Oración a la Santísima Virgen por las almas del purgatorio

¡Virgen Santa! Durante toda mi vida has sido mi tierna Madre; Tú me has obtenido gracias sin número en todos los peligros y en todas mis penas, y sé que no me abandonarás en la hora terrible de mi muerte. Mas hoy te pido una gracia especial, como bondadosa consoladora de los afligidos, y es la de que tengas piedad de las almas que padecen en el purgatorio. Tú, Reina del Cielo, eres mi buena y dulce Madre, como también de las infortunadas almas por las cuales yo suplico a tu corazón tan compasivo. Escucha bondadosa mis plegarias, para que los sufridos lamentos que parten de aquel lugar de tristeza y de miseria lleguen hasta ti, y, cual piadosa medianera entre Dios y las almas que están allí detenidas, obtener su pronta liberación. Esta es la gracia que te pido oh Madre de Dios. Amén.



Oración al fallecimiento de un ser querido

¡Oh Jesús, único consuelo en las horas eternas del dolor, único consuelo, sostén en el vacío inmenso que la muerte causa entre los seres queridos! Tú, Señor, a quién los cielos, la tierra y los hombres vieron llorar en días tris-tísimos; Tú, Señor, que has llorado a impulsos del más tierno de los cariños sobre el sepulcro de un amigo predilecto; Tú, ¡oh Jesús! que te compadeciste del luto de un hogar deshecho y de corazones que en él gemían sin consuelo; Tú, Padre amantísimo, compadécete también de nuestras lágrimas. Míralas, Señor, como sangre del alma dolorida, por la pérdida de aquel que fue deudo queridísimo, amigo fiel, cristiano fervoroso. ¡Míralas, Señor, como tributo sentido que te ofrecemos por su alma, para que la purifiques en tu sangre preciosísima y la lleves cuanto antes al Cielo, si aún no

te goza en él! ¡Míralas, Señor, para que nos des fortaleza, paciencia, conformidad con tu divino querer en esta tremenda prueba que tortura el alma! ¡Míralas, oh dulce, oh piadosísimo Jesús! y por ellas concédenos que los que aquí en la Tierra hemos vivido atados con los fortísimos lazos de cariño, y ahora lloramos la ausencia momentánea del ser querido, nos reunamos de nuevo junto a Ti en el Cielo, para vivir eternamente unidos en tu Corazón. Amén.



Oración por nuestros seres queridos

Oh buen Jesús, que durante toda tu vida te compadeciste de los dolores ajenos, mira con misericordia las almas de nuestros seres queridos que están en el purgatorio. Oh Jesús, que amaste a los tuyos con gran predilección, escucha la súplica que te hacemos, y por tu misericordia concede a aquellos que Tú te has llevado de nuestro hogar a gozar del eterno descanso en el seno de tu infinito amor. Amén.

Concédeles, Señor, el descanso eterno y que les ilumine tu luz perpetua.

Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz. Amén.

Oración por nuestros padres difuntos

¡Oh Dios! Nos mandaste honrar padre y madre. Por tu misericordia, ten piedad de mi padre (madre) y no recuerdes sus pecados. Que yo pueda verlo (la) de nuevo en el gozo de eterno fulgor. Te lo pido por Cristo nuestro Señor. Amén.



Dales Señor el descanso eterno

¡Oh Dios! Nuestro Creador y Redentor, con tu poder Cristo conquistó la muerte y volvió a Ti glorioso. Que todos tus hijos que nos han precedido en la fe (*especialmente N...*) Participen de su victoria y disfruten para siempre de la visión de tu gloria donde Cristo vive y reina contigo y el Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Dales, Señor, el descanso eterno. Brille para ellos la luz perpetua. Descansen en paz. Amén.

María, Madre de Dios, y Madre de misericordia, ruega por nosotros y por todos los que han muerto en el regazo del Señor. Amén.

Oración por las almas del purgatorio

Dios omnipotente, Padre de bondad y de misericordia, apiadaos de las benditas almas del purgatorio y ayuda a mis queridos padres y antepasados.

A cada invocación se contesta: Jesús mío, misericordia

Ayuda a mis hermanos y parientes, *Jesús mío, misericordia*

Ayuda a todos mis bienhechores espirituales y temporales,

Ayuda a los que han sido mis amigos y súbditos,

Ayuda a cuantos debo amor y oración,

Ayuda a cuantos he perjudicado y dañado,

Ayuda a los que han faltado contra mí,

Ayuda a aquellos a quienes profesáis predilección,

Ayuda a los que están más próximos a la unión con Vos,

Ayuda a los que os desean más ardientemente,

Ayuda a los que sufren más,

Ayuda a los que están más lejos de su liberación,

Ayuda a los que menos auxilio reciben,

Ayuda a los ciegos que ahora reconocen su ceguera,

Ayuda a los vanidosos que malgastaron su tiempo,
Ayuda a los pobres que no buscaron las riquezas divinas,
Ayuda a los tibios que muy poca oración han hecho,
Ayuda a los perezosos que han descuidado tantas obras
buenas,
Ayuda a los de poca fe que descuidaron los santos
Sacramentos,
Ayuda a los reincidentes que sólo por un milagro de la
gracia se han salvado,
Ayuda a los padres que no vigilaron bien a sus hijos,
Ayuda a los superiores poco atentos a la salvación de sus
súbditos,
Ayuda a los pobres hombres, que casi sólo se
preocuparon del dinero y del placer,
Ayuda a los de espíritu mundano que no aprovecharon
sus riquezas o talentos para el Cielo,
Ayuda a los necios, que vieron morir a tantos no
acordándose de su propia muerte,
Ayuda a los que no dispusieron a tiempo de su casa,
estando completamente desprevenidos para el viaje más
importante,



Ayuda a los que juzgaréis tanto más severamente,
cuánto más les fue confiado,
Ayuda a los obispos y sus consejeros.
Ayuda a los difuntos sacerdotes de esta diócesis,
Ayuda a los sacerdotes y religiosos de la Iglesia Católica,
Ayuda a los defensores de la Fe,
Ayuda a los caídos en los campos de batalla,
Ayuda a los sepultados en los mares,
Ayuda a los muertos repentinamente,
Ayuda a los fallecidos sin recibir los santos sacramentos,

Dadles, Señor, a todas las almas el descanso eterno.

R/ Y brille para ellas la luz perpetua

Descansen en paz

R/ Amén.

Oración de ofrecimiento por las almas del purgatorio

Amabilísimo y buen Dios, porque es Tu voluntad que oremos por las pobres almas del purgatorio, te ofrecemos por medio de las purísimas manos de María, nuestra Madre, todas las Misas celebradas en este día para gloria tuya y por la libertad de todas las almas del purgatorio. Te rogamos humildemente que tengas piedad de todas ellas y canceles sus culpas, por los infinitos méritos de tu amadísimo Hijo. Amén.





Caballeros de la Virgen

HERALDOS DEL EVANGELIO

“Una lágrima por un
difunto se evapora.

Una flor sobre su
tumba se marchita.

Una oración por su alma,
la recoge Dios”.

San Agustín



@caballerosdelavirgenecuador



@heraldos_ecuador



@caballerosdelavirgen_ec



@CaballerosdeLaVirgenEc



@Cab_Ecuador



angel.heraldos.ec/